

FR. GERUNDIO.

LA ROMERIA DE S. ISIDRO.

Finalmente, serian las siete de la mañana del viernes cuando despertó mi Paternidad, prueba clara de que antes de las siete estaba dormido. Llamé á Tirabeque, y le dije: «¿qué tal mañana hace, Pelegrin?—Señor, me contestó, está claro y huele á S. Isidro.» Imitacion servil del dicho del ama de aquel cura, que habiéndola hecho una pregunta igual, abrió soñolienta la alacena del queso creyendo que abria el balcon, y contestó á su amo: «Señor, está oscuro y huele á queso.» Animado con el anuncio de Tirabeque, perpendi-

enlarié mi reverendo cuerpo hasta entonces horizontalizado, di principio á vestirme en razon á hallarme desnudo, y desayunándome en seguida con motivo de estar todavía en ayunas, me dispuse para salir, ya se entenderá que á S. Isidro, porque aquel día el que salía y no iba á S. Isidro... era que iba á alguna otra parte.

En efecto la mañana se había puesto en lo que era de razon: no pertenecía á ninguno de los partidos estremos; estaba verdaderamente templada. El sol se portaba como un caballero (no agraviando á los presentes), con mucha delicadeza; que el sol no es ningún ministro: y el hermano horizonte mostraba en su despejo no ser mayorazgo español. Salpicábale sin embargo algunas nubecillas, como salpicarán algunos pensamientos mundanos la vida de la mas estricta y edificante religiosa, y como salpica tal cual lunarcito la vida del hombre político que se cree mas depurado. Corria un vientecillo tan suave, que parecia que el Sr. Eolo había untado los cabellos del hermano Cefirillo con pomada, como la estudiada y femínea cabellera del diputado Cobo de la Torre: tan blando, que no servia ni para autoridad ni para muger, y algo mas fresquécito que pescado de fonda y que noticia de Gaceta. Estaba en fin una mañana, que convidaba á ir á S. Isidro; y en verdad que me alegré, porque nadie mas que ella me había convidado.

Encargué á Tirabeque la comision de buscar un

elemento (1) que nos condujera. Ya se sabe que en ciertas épocas y circunstancias los coches y los destinos se alquilan á quien mas dé; así pues Tirabeque tubo por escusado pretender por méritos y servicios, y el tanto mas cuanto nos puso en dominio usufructuario de un llamado coche, y emprendimos nuestra expedicion por la calle y puerta de Segovia hechos un par de señores de alquiler.

Y cien y cien carruages
de raros atelages
viages y viages
hacian sin cesar:

Y venian,
y volyian,
se encontraban;
y trotaban,
galopaban
sin parar.

Y las gentes
diligentes,
impacientes
por llegar,
era risa
ver qué aprisa
se agitaban,
jadeaban,

(1) Elementos se llama, familiarmente hablando, en Madrid á los carruages de alquiler.

y sudaban
como un mar.

Y el coche maldito las piedras rodando
mi cuerpo llevaba con tal traquetéo,
que de un lado á otro continuo oscilando
sufria el martirio de ingrato menéo.

Y el tal triquitraque, y el tal menudéo
batia en tal forma los mis hipocondrios,.....

Pero no hallando consonante para hipocondrios,
me veo precisado á continuar prosáicamente el
viage en mi elemento. Dije mal en mi elemento,
porque nadie está en su elemento cuando le van
magullando y estropeando el cuerpo. Pero en fin
seguimos en nuestro coche ageno observando aque-
lla animacion y aquella vida que se advertía en
todo el camino. Caballos, coches, tartanas, carre-
telas, calesines, gentes de á pie, todos eran aquel
dia del progreso rápido. Unas elecciones hechas
el viernes hubieran dado senadores águilas y dipu-
tados golondrinas: bien que los hubiera disuelto
el gobierno antes de reunirse en córtes. Bastante
tardaria en hacerlo el tutili-disolvedor Arrazola:
á pesar de que aquel dia hasta Arrazola fue del
progreso: á las cinco de la tarde salió por la
puerta de Segovia, y al instante volvió; que bien
le atisbó Tirabeque á pesar de la cortinilla encor-
nada que cubria la ventanilla del coche que caía
á su lado. Calesin hubo, confesado por el mismo
calesero (y no vayan vds. á creer por esto que los
calesines se confiesan, y que los caleseros son con-

tesores, que no será poco si se confiesan éstos), algo que confesado por el mismo calesero hubo calesa que hizo veinte y dos viages en el dia, que no parecia sino que era mueble hecho por encargo del gobierno para la traslacion oficial de empleados.

- Llegamos, nos apeamos, yo pagué, el coche volvió, y juntos los dos viajeros nos internamos en la romería. «Señor, ya empiezo á ver cosas buenas.—¿Pues qué ves ya, hombre?—Veo á *Napoleon* y veo el *Infierno*.—¿Estás loco, Pelegrin?—No estoy loco, no señor; y veo tambien *la catedral de París*; lo demas no lo distingo bien.—Era cierto lo que decia Tirabeque, si bien tales objetos no se veian en realidad, sino en letras muy gordas estampadas en el cartelon del *Gran Cosmorama* que á la izquierda y al principio de la cuesta de S. Isidro colocado habia. Enseñábase en él, según el cartel rezaba, los objetos siguientes: *el Circo de Roma, Turin, la catedral de París, Napoleon, Nieve y Fuego, la Habana y el Infierno*. Ademas de la inconexion de los objetos, no dejé de encontrar originalidad, yo Fr. Gerundio, en el pensamiento de hacer venir á Napoleón á la romería de S. Isidro de Madrid. Bien que sin duda lo barian con el objeto de que viese que su hermano José habia sido un tonto en mandar, en la época de su transitorio reinado en España, una division entera al campo de S. Isidro tal dia como aquél hacia años, con el objeto de mantener el orden;

que tanto favor hizo al sensato pueblo de Madrid el hermano José Bonaparte con mandar una division de tropas al campo de S. Isidro para mantener el orden, como el gefe político en enviar los salvaguardias á la iglesia de S. Isidro el Dos de Mayo para celar á las mugeres que no se cuidaban sino de oír su misa y su sermón. Sino que los franceses todo lo querían dominar á fuerza de armas, y nuestras autoridades todo lo quieren dominar á fuerza de policía. A lo menos enviáranlos siquiera disfrazados como los que van á las tribunas del Congreso, que por cierto mas falta hacían algunos dias abajo en el salon.

Invité á Tirabeque á que subiésemos cuanto antes á la ermita del santo á rezar; á lo cual me respondió (¡oh escándalo!): «Señor, vaya vd. si quiere, que yo prefiero quedarme en el infierno.» Yo por no abandonarle determiné quedarme tambien en él. Entramos pues en el infierno hechos un Ulises y un Eneas, y aunque mal pintado, todavia le pareció á Tirabeque reconocer algunos amigos, alegrándose mucho de verlos allí; no por ellos, sino porque es bueno tener amigos aunque sea en el infierno. Salimos pues del infierno, y volvimos á entrar en el foco de la romería: es decir, salimos de un infierno y entramos en otro.

Todas las personas que encontrábamos eran sujetos de campanillas; pero eran campanillas de harro, tan frágiles como baratas. La persona de mas campanillas allí era la tia Froilana Barrera

que tenia de venta más de mil. La pobre medraba á costa de las campanillas que la compraban los ricos, así como otros ricos medran con las campanillas que adquieren á costa de los pobres; pero en el dia del juicio los ricos que las compran y la tia Froilana que las vende, todos han de ser iguales.

Mortales, que os henchís de vanidad porque llenos estais de campanillas, y quereis que otros hombres de rodillas os sirvan con bajeza y humildad:

A S. Isidro andad, seguid mis huellas con cuantas campanillas poseeis, y deciros hé allí: «mirad, ¿las veis? tan frágiles son estas como aquellas.»

Embebido en este pensamiento moral estaba, Yo Fr. Gerundio el de las Ruedecitas por que no se olviden, cuando oi el siguiente diálogo entre la tia Froilana y Tirabeque: «caballero (decia ésta á uno que por allí pasaba) ¿quiere vd. una buena campanilla?—Señora, la decia Tirabeque, ¿vd. sabe con quién habla? Tia Floriana, vd. insulta á ese hombre con decirle que esa campanilla es buena.—Pues mire vd.; tan buena como esta la encontrará, pero mejor no la encuentra en toda la feria (y la repiqueteaba con toda su fuerza y toda su maestría).—Mire vd., tia Floriana, ¿ve vd. ese rimero de campanillas que tiene vd. delante? Pues no le alcanzaban á ese hombre, ahí donde vd. le ve, para un dia de empuño.—¡Jesus ave

María de Atocha!—No hay ave María de Atocha que valga, porque tiene una grande de plata, y todavía no le basta algunos días para hacer callar la jente, con que hágase vd. cargo.—El hombre por quien hablaban la tía Froilana y Tirabeque, y que por allí entonces pasaba, era el hermano Isturiz, presidente del Congreso.

Entramos en el cementerio, donde desde luego nos llamó la atención el siguiente cuarteto que desde lejos se leía debajo de un crucifijo que tienen allí arrinconado no sé por qué:

Ni los altos honores ni riquezas
llevar pudieron mi corazón ansioso,
solo seré dichoso eternamente
poseyéndote á tí, padre amoroso.

Y en verdad que lo amoroso y bondadoso que es Jesucristo lo prueba bastante el consentir debajo de sus divinos pies un cuarteto tan malo, cuyo segundo pie,

«llevar pudieron mi corazón ansioso,»
merecía un clavo mayor que los dos con que horadaron los judíos los pies del Redentor: también mi corazón ansioso fué traspasado con los clavos con que algunos taladran desapiadadamente la pobre poesía.

Pasamos revista á aquella morada lúgubre en que descansan las cenizas de las personas de mas campanillas de Madrid: invité con instancia á Tirabeque á que ocupára alguna de las vacantes que habia, á lo cual opuso una resistencia tenaz, añá-

diendo que mas valia que de una vez enviára á ellas el gobierno á tantos beneméritos cesantes, á quienes tiene entretenidos meses y años con pretesto de no haber vacantes; y en parte suele ser verdad, pero es porque proveen los destinos aun antes de vacar: lo peor es que ya no lo hace solamente el gobierno, sino hasta el director de Aduanas el hermano Masa, por lo cual hacian bien en designarle para ministro de hacienda, porque estas son cualidades anticipadas ministeriales que llevan á la silla encantada como por la mano.

Dirigímonos en seguida á las tiendas de campaña, á aquellos pabellones en que se veian ondear banderas blancas y encarnadas, no por que aquellas significasen paz ó capitulacion, y estas sangre y guerra, sino porque espresaban que se vendia blanco ó tinto, ó bien *utriusque speciei*. Todas estaban hechas por un mismo orden de arquitectura, todas eran formadas de esteras; ¡pero qué esteras! Tengo por seguro que si el Príncipe de la Paz cuando tubo que envolverse en una estera allá en Aranjuez para librarse de las guerras del pueblo amotinado, hubiera tenido que esconderse en cualquiera de las esteras de S. Isidro, hubiera preferido morir de golpe de mano airada á morir asfixiado entre tanta mefitis. Ellas no eran impermeables, pero no les faltaba mas que el *per*, lo demas todo lo tenian: y tambien tenian derecho á la licencia absoluta, porque sus ocho años de ser-



vicio debian llevar ya bien cumplidos, y aun pienso pasarian de diez, que era lo mas que se servia antiguamente en milicias provinciales, en estas milicias provinciales, tan injustamente postergadas ahora.

Y puesto que aqui se me han venido las milicias provinciales, aprovecho la ocasion para dar noticia por via de episodio de un golpe maestro de ingenio de nuestro ministro de la guerra. Hay aqui un lancero polaco de los que han hecho la campaña peleando en favor de la causa de la libertad, y que habiendo entrado de simple soldado ha llegado por repetidos hechos de valor y arrojo hasta el grado de teniente graduado de capitán; y que de resultas de muchas heridas recibidas en el campo del honor ha estado curándose largo tiempo. Restablecido ya, y util para continuar sirviendo en el arma de caballeria, aunque no en infanteria, solicitó ser agregado á alguno de los cuerpos de aquella arma; pero el ministro de la guerra, siempre sabio y atinado como todos nuestros ministros, ha tenido á bien declararle Teniente de milicias provinciales aunque sin señalarle cuerpo. Que hacer á un lancero, siempre lancero, inutilizado para servir en infanteria, y lancero *polaco*, teniente de milicias provinciales, voto á S. Isidro Labrador que es basta donde puede llegar la agudeza y acertabilidad de una cabeza ministerial. Esto es lo mismo que s á S. Isidro Labrador, por ser patron de Madrid, le diera el ayuntamiento los honores de teniente de lanceros polacos,

Bajo aquellos tugurios rústico-espartanos (los de las esteras) ofrecía libaciones, sacrificios y holocaustos el pueblo feliz: pero todo con arreglo al rito cristiano; porque allí todo era cristiano, hasta el vino, si bien su partida bautismal no sería fácil hallarla, por lo cual no podría recibir órdenes sagradas ni pretender para guardia de corps. No eramos nosotros menos cristianos que el vino, y por eso entramos en la ermita à rezar. Y si como dice la estampa del santo, «mientras S. Isidro graba el anjel araba,» mientras Fr. Gerundio oraba, el pueblo empinaba y engullia; porque ni Fr. Gerundio es S. Isidro, ni el pueblo es anjel, ni en los tiempos de S. Isidro habria tanta libertad de botellas como hay ahora. Pero no era el pueblo solo el que entretanto se refocilaba, que tambien tenia *gaudeamus* de mesa la minoria de las córtes, en una casa de campo no lejos de la ermita; lo cual prueba por una parte que aunque vea la minoria en próximo peligro de sancionarse que los alcaldes y los diputados sean de real nombramiento, no por eso se les quita la gana de comer; y por otra, que aun tiene humor, y de consiguiente esperanzas.

Concluida nuestra oracion, y terminadas otras devociones particulares que rezamos en otro templo llamado de *Perona* (1), que fueron las que

(1) La fonda de *Perona* era la fonda de mas categoria que habia en S. Isidro: era una fonda principal como el Conde de Tureño.

con mas fervor rezó Tirabeque, salimos á dar otra vuelta por la romería. Entonces llamó nuestra atención un elegante escudo de armas que en el frontis de uno de los cajones ó tiendas movibles habia. Sobre un campo negro se descubria en medio relieve la cabeza de un animal coruúpeta, que si no era de bronce como el toro de Fálaris, era de carton como los leones del Congreso. De la cabeza arrancaban con arquitectónico atrevimiento como á perderse entre las nubes dos enormísimas ástas, sino con elegancia, al menos con brutalidad trabajadas. A derecha é izquierda sobre dos planos cuadrilongos se divisaban por blasones un picador y un banderillero, aquel apuntando con la garrocha á las copas de los árboles, y este con las banderillas á algun cuervo que por cerca de las nubes volára: debajo en un tarjeton se leia la inscripcion siguiente: **DESPACHO DE LICORES DE LA TAUBOMAQUIA.**

Era el despacho del hombre-toro, el que en el martes de carnaval (1) habia acreditado por las calles de Madrid no irle en zaga al mas bravo de la casta de Gavia, y que por su decidida inclinacion á la especie da esperanzas de que el dia menos pensado le habremos de ver realmente convertido en toro, como se convirtió en pescado el hombre-pez de Liérganes de que nos habla el hermano Feijóo. Acercámonos á hablar á aquel inge-

(1) Capillada 228.

no privilegiado; «diga vd., buen hombre, le preguntó Tirabeque; ¿son las armas de la familia estas?—Si señor, para lo que vd. guste mandar.—Pero hombre, ¿de dónde sacó vd. esta invencion tan particular?—Asi como vd. lo ve, todo ha salido de mi cabeza.—¿Es vd. casado?—No señor, pero me figuro lo que puede ser.

Ya no me pareció el hombre tan toro como todo esto; sus últimas palabras le convirtieron para mí á la especie humana, y á la especie humana sentenciosa. Dejamos al homo-tauro, y proseguimos nuestro descenso por la cuesta, al medio de la cual como nos viésemos en inminente riesgo de ser atropellados por un hombre á caballo, que no parecia ir muy cuerdo (lo cual no era muy de extrañar, porque ministros y hombres á caballo son pocos los cuerdos), saltamos de repente hácia atras; y como esto fue cerca de un puesto de cachivaches, tropezamos en la mesa, y yo hice rodar seis estudiantes, cuatro soldados, y tres lavanderas, y Tirabeque estropeó cinco S. Isidros, cuatro parejas de bueyes, siete perros, dos Santas Ritas, seis demonios, una pasiega y tres silvatos. No nos sirvió allanarnos á pagar los desperfectos; el brazo roto de un estudiante nos costó tanto como el estudiante entero, y tubimos que cubrir en metálico las plazas de los soldados que solo quedaron para poder vivir en el cuartel de Atocha si el gobierno diera fondos para mantenerlos. En fin resuelto yo á cumplir con la

justa ley de las indemnizaciones mejor que la cumple el gobierno, pues el pobre que ha sido saqueado por los facciosos saqueado se queda, y el que le saqueó se indulta, y se pasea riendo por delante del saqueado, mandé tasar juntos y en globo soldados con lavanderas, santos con demonios, bueyes con perros, y pasiegas con silvatos, y pagué el valor de la gente inutilizada, dejando en el lugar que le corresponde el honor Gerundiano y Tirabequense.

Aunque nada bien parados del caballo aquel, bajamos sin embargo á la pradera á ver las máquinas de caballos, que tanto suelen entretener en tales días. Encontramos desde luego un aviso al público que decía: «La máquina de caballos del supuesto Tío Vivo, que tantos años ha estado colocada en la pradera de S. Isidro, se halla situada este año en el cerro de la derecha, por estar ocupado su antiguo sitio con la máquina del legítimo Tío Viva.» Huyamos, le dije á Tirabeque, huyamos de estos sitios, que el partido de la Restauracion ha ocupado las llanuras, y el pendon de la legitimidad tremóla en el baluarte de la supuesta Revolucion. —Huyamos, señor, contestó él, y yo el primero por la senda mas corta que conduzca á Madrid, y descansemos de la jornada de este dia. —Y nos vimos dejando al pueblo en solaz, como si la mayoría de las cortes no intentase nada contra él, y á la minoria comiendo con el mismo apetito que si fuese mayoría.

AHÍ VA OTRA;

Lunes 18 de mayo:

Querido primo Venancio: sabrás como estoy bueno, y que esta te la escribo sin que lo sepa el amo, porque has de saber que diciéndole yo el otro día que pensaba escribirte, me dijo: «no, Tirabeque, no tan á menudo, porque si menudéas mucho las cartas á tu primo, se cansarán los suscritores de vuestra correspondencia, que la mucha conversacion..... tu me entiendes.» Por eso te escribo esta *de incultas*, y por la via secreta, de modo que ni el amo ni los suscritores verán lo que te digo, y tu no la enseñes tampoco á nadie como la otra. ¿Sabes lo que he hecho para que nadie me vea escribirte? Pues me he encerrado en mi celda sin dar entrada en ella á persona viviente, lo mismo que hace el ministro de hacienda, que nadie le ha podido ver desde que es ministro, y esta lo tengo por una gran tontería, porque de poco sirve no dejar ver el cuerpo si se ven despues las cosas que se hacen, y algunas de estas cosas que hace me indican á mí que ya se va encantando como los demas, y amás te puedo decir que si no hace injusticias, tampoco las deshace; con que ahí tienes lo que son los hombres que pasan aqui por buenos: de manera que ya ves, y tu te harás el cargo de lo que resulta. Asi son las cosas de este mundo, primo.

Pues como te digo, el motivo de escribirte no es otro como puedes conocer, que ser hoy tus días, que no sé si el ser día de gala sin uniforme será por S. Venancio, aunque me parece que tú mas eres de uniforme sin gala que de gala sin uniforme: por lo que desearé que los tengas muy felices en compañía del general y de la cruz de Isabel II que dices que te han dado, y de todas las demas personas que sean de tu mayor estimación. Si recibes esta por alguna fragata de América, no lo estrañes, porque ya el otro día en Alicante recibieron el paquete de los Gerundios por un buque que venia de Marsella: Marsella dice el amo que es una ciudad de Francia, no vayas á creer acaso que está en las montañas de Santander, ó no leas Morella por Marsella, porque ademas de que tu no debes ser un lector de las mas consumadas, pienso que ahí no pensareis ahora mas que en Morella, y en eso hacedis bien, porque al cabo es pensar en una cosa fija, y no como el ministerio de aqui, que lo que piensan las comisiones de las còrtes aquello dice que pica a él, y aunque éstas estropéen los proyectos del gobierno, este dice que *se acomoda* á lo que piensa la comision. Con que ya ves como andan los correos; esto no te lo digo por lo del gobierno y las comisiones, sino por lo de Alicante y Marsella, y luego se quejan los suscritores de que les falta el Gerundio: yo lo creo, hazte tu cargo, primo. Si á tu regimiento le mandára el general ir á atacar á Morella, y luego el

coronel te llevára á Ciudad-Rodrigo, ya ves lo que sucedería. Asi son las cosas de este mundo.

Sabrás como el escuadron de ex-facciosos indultados que se habia formado en la Mancha para perseguir á sus compañeros ha hecho una buena y se ha enmendado; y fue que el día 14 á la madrugada se levantaron de humor de quitarse de encima el ex que les servia de estorbo, y quitando tambien del medio á los dos comandantes, que tampoco les hacian buen recado, se volvieron otra vez facciosos pelados, y hoy es el dia que la Mancha ha vuelto á quedar divertida. Vaya que es una risa con estas cosas, primo. Asi son las cosas de este mundo. ¿Te acuerdas; primo, lo que reíamos cuando éramos muchachos con tu tio Pascual el bobo cuando iba á casa de mi padre por las noches á jugar al truquiflor, y decia que habia dejado los gatos cuidando de la cena? Pues anda que allá se va la ocurrencia del gobierno en haber puesto á cargo de un escuadron de ladrones la tranquilidad de la Mancha, con la ocurrencia de tu tio Pascual. Pero no por eso creas que el gobierno es tonto, un demonio! mete el dedo en la boca al hermano Arrazola, y si es el indicio puede que te le deje para no poder tirar por el gatillo del fusil. Asi es que piensa ahora tomar medidas fuertes, y tengo entendido que va á iscitar á los rebelados á que se acojan al indulto. Asi son las cosas de este mundo, primo.

Por lo demas, primo, hoy número hace los tres meses que se abrieron las cortes, y los curas y

las monjas están *per istam*. Ya sabrás que los curas votaron por el gobierno y por los diputados de la mayoría. Cuidado, Venancio, si te se ofrece algún día comer miel no te se caiga la sopa en ella. Mira tú que tal irá la cosa, primo, que el teniente cura de Alcoléa de las Alpujarras se ha metido á cobrador de la alcabala, que es una risa ver cobrando la alcabala al cura. ¿Y qué ha de hacer? ¿No te haces tú cargo de lo que son las cosas de este mundo? Pues éntrame con las religiosas, que han hecho ahora todas las de Madrid una representación á las cortes que raja. Aquí estuvieron sus apoderados á enseñársela al amo; es decir, los apoderados que no tienen de que apoderarse: porque has de saber, primo, que las monjas tienen dos clases de apoderados. El apoderado principal es el gobierno que se apoderó de sus bienes con la obligación que sabes de la *peseta*; y los otros apoderados son los que ellas tienen nombrados para cobrarla, los cuales hace mas de dos años que no ven una peseta de que apoderarse. Así son las cosas de este mundo, Venancio.

Sabrás, primo, como las Asturias quieren dos cosas contrarias á un mismo tiempo. Cuando habla Mata Vigil, Asturias quiere que los alcaldes los nombren los pueblos, y cuando habla Pidal, quiere que sean de real nombramiento (1). A lo menos así dicen ellos, y ambos son diputados por

(1) Sesión del miércoles.

Asturias. Esto significa, primo, que lo que cada diputado quiere, dice que lo quiere su provincia. Así son las cosas de este mundo. Dime si descuidas tu de Asturias ó tienes allí parientes, porque llamándote Venancio Mata, puede que resultes pariente de Mata Vigil. Bien que nó, porque este ha sido ministro, y si tu hubieras tenido un pariente ministro, á estas fechas deberias ser ya coronel de dos ó tres cuerpos, porque así son las cosas del mundo, primo. ¿Si vieras que asombrosos dicen que van los panes allá por la tierra, chico! ¿Quiá! dice que es una barbaridad el vicio que llevan. Pero pásmate, Venancio, para que veas lo que son las cosas de este mundo. Me dice el primo Cipriano que cuasi les pesa cojer tanto pan, porque de poco les sirve tener las paneras llenas si anda al disprecio; que aunque dice el refran, que por mucho pan nunca es mal año, el refran se haria contando con que hubiese un gobierno que supiera darle salida, pero este es un gobierno, primo, que no encuentra salida para si, cuanto mas para el pan. Y sinó acuérdate de lo que dijo el amo allá en febrero en punto á este particular (1).

Yo no sé si te diga una cosa muy gorda, muy gorda, primo. Pero si te la digo, ha de ser muy reservadamente, y sin que Cristo lo huela, porque es un secreto. Esta mañana lo indicó el *Correo Nacional* en unos términos tan misteriosos que me metió miedo; y luego salí á la calle y todos

(1) Léase la capillada 224, pág. 243.

los que encontraba otros tantos me lo decían. Sabrás pues, Venancio mio, que se corre que toda la familia Real se marcha á Cataluña á tomar los baños que los médicos han aconsejado á la Reíñita. Y sobre esto no te digo ahora mas, porque son cosas de mírame y no me toques. Unicamente te encargo el sigilo. Si estas señoras se marchan de Madrid, hazte tu cargo, primo, qué tal quedará esto: ya no faltaba mas que me marchára yo.

Mira primo; si cae por tu banda alguno de los facciosos que abandonaron á Cantavieja, y pegaron fuego al pueblo, y hasta al mismo hospital en que tenían sus enfermos, dejando que se abrasáran, te encargo que no le des cuártel; no transjas nunca con brutos, primo, porque no hay peor cosa; y una barbaridad como esa no se ha visto en todos los arenales (1) de la historia de los judios.

Y con esto no canso mas, que otro dia seré mas largo, y no te olvides de tu primo.—*Tirabeque.*

P. D. Recibi la tuya del 22 de abril. Y no estrañes que esta noticia que te habia de dar al principio te la dé al último: váyase por lo que hace el amo, que empieza un artículo diciendo *finalmente.*

(1) Anales querrá decir Tirabeque.

Editor responsable Francisco de S. Fuentes

IMPRESA DE MELLADO.